

ACERCA DEL PAPEL DE LA PRAGMÁTICA DE LA ACCIÓN EN LA CONSTRUCCIÓN DEL SENTIDO HISTÓRICO EN EL NARRATIVISMO DE HAYDEN WHITE

César Adrián Ercoli

UNLP

Las discusiones filosóficas sobre el pasado y la metarreflexión sobre la actividad de los historiadores a partir del último cuarto de siglo XX, ha encontrado en el narrativismo un chivo expiatorio para olvidar los inconvenientes de las discusiones epistemológicas, apunto de convertirse en disputas bizantinas.

El narrativismo, al no postular una forma nueva de abordar el problema del conocimiento histórico en los términos de objetividad y verdad, desplaza la preocupación de constituir a la historiografía en ciencia. La propuesta es dirigirse hacia una instancia metahistórica en donde se origina y constituye toda perspectiva histórica, con el fin de centrar el debate sobre el pasado en las semejanzas entre la estética y la poética entendida en sentido creador. Es de esperar que esto toque la sensibilidad de aquellos que piensan a la historiografía como un ámbito de conocimiento que debe atender solamente a cuestiones de orden epistemológico o metodológico. Pues sí el pasado humano es valioso, lo será siempre y cuando sea posible alcanzar de verdad. Será esta la cuestión aquí a tratar: la relación entre verdad histórica y sentido histórico.

En este marco se han desarrollado las críticas al narrativismo debido a las implicancias relativistas que supone la suspensión de la verdad, en cualquier grado o magnitud. Las críticas recorren las dos caras de una misma moneda: la ruptura o discontinuidad de la trama narrativa con el mundo histórico a representar, y la ausencia de un criterio de verdad para elegir entre dos relatos en pugna sobre un mismo acontecimiento. ¿Dónde ha quedado la realidad, la objetividad epistémica, la neutralidad valorativa?

El narrativismo, en la versión de Hayden White (versión que aquí será rescatada del terreno de la banalización), es objeto de estas críticas, y será mi propósito mostrar la vigencia de su perspectiva en el campo historiográfico y en el de la filosofía de la historia. Principalmente sostengo que el narrativismo sigue siendo una perspectiva filosófica con

potencial explicativo para comprender el pasado humano, en la medida que constituye una línea interpretativa para poder salir de la imputación causal y revisar el horizonte irónico del saber histórico.

La propuesta es vincular al narrativismo con la pragmática discursiva y la filosofía de la acción. Por un lado estetización de la reflexión sobre el pasado encuentra su legitimidad en aspectos de la estructura narrativa de los relatos, tanto sintácticos y semánticos como pragmáticos. Por otro lado la acción humana es tanto la materia prima con que se producen los sentidos que luego serán definitivos para recomponer cualquier contexto histórico, como la condición de posibilidad de todo sentido histórico.

Comenzaré por hacer una breve exposición de lo que a mi entender son las principales críticas que intentan demostrar las consecuencias indeseables que se siguen de dicho planteo; luego, intentaré mostrar cómo la pragmática de los relato aplicada a los relatos histórico como lo entiende White puede contribuir a pensar en una categoría del sentido histórico que no sea ni metafísica, ni estrictamente lingüista.

Críticas al narrativismo de Hayden White

Algunas críticas que se han formulado en contra de los supuestos e implicancias de considerar el problema epistemológico de la historia y de las ciencias sociales como cuestiones de preferencias, debido a la asistematicidad conceptual dentro de estas disciplinas, es el origen del conflicto interpretativo según White.

La posición de White dentro del debate epistemológico y metodológico en el campo de la historiografía y de la filosofía de la historia es tildada por sus opositores de relativista y formalista. Se le critica su defensa de la pluralidad de perspectivas, en tanto implica asumir la imposibilidad de dar con criterios generales. Esto ha llevado a White a responder cómo se puede fundamentar un relativismo sobre la visión del pasado, sin caer en darle crédito a todas las posiciones por igual, tal como sucede con el intento de los revisionistas sobre el genocidio nazi, quienes han llegado a postular su inexistencia. De aquí se sigue la segunda crítica que se vincula con el imposicionalismo de la *forma* sobre el *contenido*, la estructura del relato determina los hechos pasados de la realidad histórica, es decir, la forma determina el contenido.

Es conocida la posición de David Carr¹ a favor de la continuidad entre la narratividad y la realidad, y su crítica al narrativismo de White señalando la discontinuidad de la forma narrativa con la realidad narrada. Carr critica la concepción de la realidad humana como una mera secuencia, en donde no hay conexión entre los hechos más que la aportada por los hombres, y argumenta a favor de una estructura común entre la experiencia humana y la estructura del relato a partir del análisis fenomenológico de la acción. Su crítica a la tesis whiteana se centra en la autonomía del sentido del texto con respecto a la realidad, convirtiendo a la narración en un artefacto literario producto de la cultura occidental, acercándolo de este modo a una posición como la de Nietzsche y el pos-estructuralismo.

En este sentido no sería exacto tildar la posición de White como narrativista, sino relativista-formalista, puesto que no defiende la narratividad como la forma privilegiada de acceso al pasado, sino como una forma entre otras.

En un artículo titulado “La reconstrucción histórica. Acerca de los supuestos epistemológicos de la explicación y narración historiográfica”,² Verónica Tozzi arremete contra el narrativismo impositivista –así lo llama en este artículo- señalando que posiciones como las White o Ankersmit se fundan en una paradoja: en tanto tienen como pretensión básica eliminar el aspecto epistemológico en la ciencia histórica y remitir la cuestión a problemas de estilo, lo que están haciendo en realidad es quitar la dimensión de la verdad del ámbito de la práctica historiográfica para llevarla hacia la metahistoria que ellos defienden en *su reconstrucción*. Esta crítica intenta probar la importancia del carácter reconstructivo de la explicación y la narración histórica, cuestión que comparten historiadores y filósofos de la historia según Tozzi las múltiples interpretaciones sobre acontecimientos pasados no es un dato para negar la dimensión de la verdad en la práctica, por el contrario muestra que el problema de la racionalidad y objetividad es intrínseco a la misma.

En oposición a esto, considero que la estatización o moralización de los relatos históricos principalmente no atenta contra toda racionalidad. Por el contrario, la supone al señalar el límite de la racionalidad epistémica en la discusión del sentido del pasado histórico.

¹ Carr, David. Carr, David. (1986) *Narrativa y el mundo real: un argumento para la continuidad*. History and Theory, Vol. XXV, N° 2, pp. 117-131.

² Tozzi, Verónica. (1996) “La reconstrucción histórica. Acerca de los supuestos epistemológicos de la explicación y narración historiográfica”. *Revista Latinoamericana de Filosofía*, Vol. XXII, N° 1.

También encontramos en un capítulo del libro “Verdad, legitimidad e ideología”³ de Osvaldo Guariglia una crítica a la discontinuidad del narrativismo de White, al plantear que la dificultad para abordar la relación entre narración e historia como problema crucial de la ciencia historiográfica se debe a que no se ha esclarecido la vinculación intrínseca que esto tiene con la filosofía moral y la filosofía de la acción desde la Ilustración hasta la actualidad. Guariglia llega a la siguiente conclusión: el narrativismo de White cuestiona en última instancia la racionalidad en la historia, pero entendiendo siempre por racionalidad y/o razón (i.e. la objetividad o científicidad) las explicaciones al estilo de Popper y Hempel. Desconoce otra forma de racionalidad como la que plantea Dilthey a partir de la razón comprensiva para las ciencias históricas y sociales, lo cual permite investigar la razón intersubjetiva en la dimensión pragmática y comunicativa.

Si bien este señalamiento es parte de la propuesta que inspira este trabajo, la racionalidad comprensiva no alcanza a anular la estrategia narrativista puesto que no agota la dimensión del sentido sobre el pasado, como tampoco cancela el debate sobre la representación del pasado.

Por último, Juan Carlos Bermejo en “Explicar y narrar: la Historia como problema”⁴ plantea una crítica que apunta a poner límite al narrativismo en cuanto éste considera sesgada la problemática histórica en la cuestión de los relatos y macrorrelatos exclusivamente. Bermejo señala que la dimensión pragmática de los discursos es la otra pata del trípode en que se apoya la construcción del sentido, y no sólo en la sintaxis y la semántica. Así también remarca que la realidad social y la realidad histórica como su continuación, son un conjunto complejo de relaciones que no se pueden reducir a una cuestión estrictamente lingüística, sino que deben considerarse aspectos de índole económica, biológicos, etc., constitutivos de toda realidad, y del sentido sobre ésta.

Bermejo acierta en considerar que el sentido no es solamente determinado por la semántica y la sintaxis, sino también por la pragmática, pero la dotación de sentido del pasado humano encuentra en la narración una política interpretativa que interviene unificando las tres dimensiones del discurso.

Todas estas críticas tienden en mayor o menor medida a centrarse en la cuestión epistemológica y metodológica del narrativismo, denunciando el corte entre relato y

³ Guariglia, Osvaldo. (1993) “Para una Metahistoria del narrativismo”, en *Ideología, verdad y legitimación*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, capítulo 6.

⁴ Bermejo, J.C. “Explicar, y narrar: la Historia como problema”, en Cruz, Manuel. (2002) *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*. Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona.

realidad, es decir, son distintas formas de señalar el relativismo gnoseológico y moral que hacen poco plausible al mismo. Pero creo que hay razones para no desechar la propuesta de White tanto porque desista de fundamentar a favor de la consideración de la historiografía como ciencia -y por ello como una forma de conocimiento con altas probabilidades de alcanzar la verdad y objetividad-, como por no adherir a una continuidad estructural entre acción y relato apelando a alguna forma de comprensión fenomenológica.

El discurso histórico y la dimensión pragmática del sentido

El narrativismo nos presenta la producción historiográfica como una práctica social en donde lo verdaderamente relevante se encuentra en la política de la interpretación, que si bien es una lucha encubierta de diferentes subjetividades por el poder, ésta situación se encuentra limitada por la práctica concreta desde la que surge. Dicho de otro modo, el narrativismo no plantea únicamente el papel determinante de la subjetividad del historiador o la comunidad, o la del filósofo, sino que también la preferencia valorativa que guía y da sentido a la investigación y producción de relatos históricos se encuentra siempre condicionada por un marco histórico cultural desde donde surge. Por eso, si bien estas críticas son pertinentes, no por ello agotan las potencialidades de dicha tesis. Pues, el preguntarse por la disciplinización de la conciencia histórica mediante políticas de interpretación nos permite pensar en la relación entre los relatos históricos y la praxis en la medida que las producciones historiográficas son estructuras lingüísticas cuyo sentido no proviene solamente de las formas sintácticas y semánticas, sino también de la pragmática. La instancia pragmática de los discursos se presenta como inevitable en el momento de interpretar los acontecimientos pasados. Y en este sentido intento proponer que la posición de White es vigente.

La pragmática aplicada a los discursos históricos funciona en dos registros diferentes pero solidarios entre sí. Por un lado la pragmática restituye en el plano de la investigación o indagación histórica una pertinencia para acotar las significaciones explícitas o implícitas que uno o varios hechos tienen para la comunidad de individuos actores contemporáneos con dichos hechos. Por otro lado la pragmática de los discursos posibilita que las interpretaciones históricas consigan consenso y legitimidad en tanto da cuenta de las preferencias valorativas que dan sentido a dichas interpretaciones.

Según Bustos Guadaños, “La noción central que examina la pragmática es la de significado del hablante, el significado que el hablante le confiere a sus expresiones concretas en circunstancias particulares de uso.” “Dicho de otro modo, la pragmática debe explicar la relación que existe entre el significado de las expresiones lingüísticas y el significado de la utilización de las expresiones lingüísticas.”⁵ Si bien en un relato histórico no hay usos del lenguaje en forma comunicativa tal como sucede cuando se habla, sin embargo la instancia pragmática del discurso se hace presente y necesaria para la construcción del sentido histórico en la medida en que interpretar una acción pasada implica referirla al contexto en el que se desarrolla y con el que se relaciona, esto es, la interacción con otros cursos de acción que en el relato histórico aparecen como subordinados, dependientes o determinantes, respecto del conflicto principal que se esté tratando, a lo que se suma el tener en cuenta la situación material en la que se inscribe. Dentro de esta reconstrucción la pragmática discursiva contribuye de modo relevante en la instancia en que la investigación histórica debe apelar a ciertas prácticas sociales que forman parte del contexto en donde se fija la acción y cuyo sentido está determinado por la práctica social significativa como interacción simbólica. Pero, aunque este aspecto sería la forma más directa de comprender cuál puede ser el aporte de ésta área del saber lingüístico en relación a la historia, puesto que solo se asume aquí que la comprensión histórica implica trabajar con documentos escritos, igualmente hay que señalar también que ciertos datos solo adquieren sentido al tomarlos como formando parte de interacciones simbólicas.

Ahora bien, Eduardo Bustos Guadaño ha analizado en un artículo que lleva por título “Metáfora”, la relación de ésta con la filosofía del lenguaje. Allí distingue: “La idea fundamental, en la que se basa la autonomía de las disciplinas semántica y pragmática, es que existe una separación referida a lo que es el *significado lingüístico*, en cuanto determinado por el sistema de la lengua, y el *significado comunicativo*, en cuanto determinado por el contexto en que se hace utilización de ese sistema y por las reglas que permiten coordinar las acciones lingüísticas en el seno de una sociedad. El primero queda determinado por las reglas de la gramática y la semántica, y constituye un núcleo relativamente fijo de convenciones lingüísticas. El segundo, en cambio, está limitado de una forma menos rigurosa por un conjunto de principios que regulan la interacción comunicativa racional.”⁶ Bustos Guadaño analiza aquí las teorías semantistas de la

⁵ Bustos Guadaño, E., (1998/1999) “Metáfora” en Filosofía del lenguaje, Trotta, ed. Acero y Dascal Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, Madrid, página 106.

⁶ Bustos Guadaño, E., o.p., página 111.

metáfora y la contrapone con la pragmática. Señala que las teorías semánticas de la metáfora se encuentran con el problema concreto de la impredecibilidad. Esto tiene que ver con la imposibilidad de saber cómo se va a interpretar una metáfora, puesto que depende de la situación o contexto donde se la diga. Así aparece el problema de la intencionalidad del hablante, que ha sido desarrollada por John Searle y se caracteriza por centrar el significado de la metáfora en la preferencia del hablante. Bustos Guadaño señala al respecto lo siguiente: "... esta explicación de la sustancia de la interpretación metafórica va poco más allá de lo avanzado por las teorías tradicionales, pero tiene el mérito de situar ese núcleo teórico en un contexto dinámico, el de la comunicación lingüística. *De hecho las explicaciones pragmáticas proporcionan una explicación más adecuada de cuándo o por qué se interpreta metafóricamente una expresión, pero no respecto al problema de en qué consiste tal interpretación, esto es acerca de los mecanismos específicos por los que se opera la interpretación metafórica.*"⁷ Creo que esta aclaración sobre qué aspecto de la metáfora puede explicar la pragmática con éxito, si la aplicamos a la construcción del relato histórico según el narrativismo –para quien la metáfora es la forma principal de otorgar sentido a la investigación histórica–, nos permite ver que el macrorrelato como producto de la operación e interpretación metafórica posee una dimensión estrechamente vinculada con la práctica del hombre en tanto que ésta es formadora de sentidos, los cuales no necesariamente surgen de la práctica lingüística, sino por ejemplo de la interacción social, económica, cultural o política. Sí tenemos en cuenta que para White la metáfora se caracteriza básicamente por ser representativa mediante la semejanza, diferencia, analogía o similitud, y al considerarla el modo tropológico privilegiado del cual derivan la metonimia, la sinécdoque, y la ironía (por medio de los cuales el objeto de estudio es prefigurado para luego ser comprendido, analizado y explicado), puede entonces decirse entonces que la operación metafórica produce una perspectiva histórica en base a las prácticas sociales significativas que no estaría sujeta únicamente a normas epistémicas o metodológicas, sino también a el contexto en el que se insertan dichas practicas y dentro del cual interactúan. Pues la metáfora en tanto abre sentidos históricos proviene de una situación práctica, instancia en que la pragmática discursiva puede dar cuenta de cómo se utilizan ciertos sentidos que no tiene su origen en la semántica o la gramática, términos y conceptos que provienen de un forzado uso práctico, del uso que se hace de ellos. Esta situación práctica en donde se producen nuevos significados por medio de la interacción, son

⁷ Bustos Guadaño, E. o.p., página 111. (El subrayado es mío)

ensamblados en la necesidad de comprensión, necesidad que se satisface desde el uso de la imaginación poniendo un orden trascendente donde de por sí no lo hay. Así se origina el macrorrelato desde un marco preferencial (estético o moral) prefigurando el campo en donde se edifica la perspectiva histórica como un orden donde es posible fijar a la acción humana para comprenderla, analizarla, explicarla. Creo que la posición que representa Davidson sobre la metáfora y el aspecto cognitivo muestra cuál es el vínculo de la posición narrativista respecto a la necesidad de un macrorrelato, mediante la operación metafórica. Dice Davidson: “La metáfora tiene éxito cuando, a través de los significados literales de las palabras, ponemos en una relación peculiar, la relación de ver una cosa como otra. Según Davidson, esto no tiene contenido cognitivo alguno, porque ver una cosa como otra *no es ver que una cosa es otra*.⁸ Dicho de otro modo, la metáfora no tiene contenido cognitivo porque no nos dice cómo es la realidad, no afirma que la realidad es tal o cual, sino que nos invita a ver una realidad en términos de otra. De esta invitación se puede decir muchas cosas: que es estimulante, sugerente, original, creativa, poética, pero lo que no se puede decir es que sea verdadera o falsa. Sí trasladamos esta forma de entender la metáfora al planteo del narrativismo de White, puede decirse que la metáfora que constituye el macrorrelato, por medio del cual se da un sentido a la realidad histórica, no pretende entrar en conflicto con la razón de tipo epistemológica, ni cuestionar en esencia la capacidad o facultad de conocimiento del entendimiento humano, sino que intenta fundar las bases de todo conocimiento histórico en un acto de necesidad humana. Es la acción del hombre la que requiere de un escenario para ser posible, pero éste escenario en tanto material no es producto de la mera invención, y en tanto condición de posibilidad del sentido no está nunca acabado, agotado. Toda acción del hombre se afirma y fija en la realidad histórica en la medida que logra informar con sentido el mundo en el que ella aparece interactuando y transformando, producto de la necesidad corporal y del uso del lenguaje de los individuos en una sociedad. Por ello el macrorrelato se funda en una forma de legitimidad que es el reconocimiento de la autoridad de ciertos relatos para hablar sobre el pasado, sobre la historia.⁹ El sentido impone un orden mediante la comprensión, pero este sentido no es susceptible de ser sometido a cuestionamiento, sino solo por otro sentido que pugna por imponerse sobre la

⁸ Bustos Guadaño, E., o.p., página 109. (El subrayado es mío)

⁹ Nota: Sería un problema a indagar cómo se la legitimidad es una práctica social significativa de reconocimiento de una autoridad, que dentro de la perspectiva de White, sería esto lo que actualmente pone en tela de juicio a las comunidades historiográficas como las únicas que puedan detentar el poder sobre el sentido histórico. Esto lleva preguntarse cuál o cuáles pueden ser las formas que luchan por ser legitimadas. Algo de esto se puede ver en la propuesta posmoderna de la proliferación de las nuevas formas de hacer historia ante la caída de los grandes relatos.

realidad histórica. Por ello la forma metafórica del macrorrelato no es en sí cognitiva, si por tal entendemos la característica de toda forma de conocimiento de revelar como son realmente las cosas.

Pero a pesar de esta vinculación de la producción de sentido histórico por medio de la operación metafórica, que luego se concretiza en la producción de relatos históricos, no debemos perder de vista que Hayden White no propone la forma de relato como la única válida, sino como la forma que cobró legitimidad en los últimos dos siglos, pero que por ser parte de la producción cultural principalmente occidental –queriendo remarcar con esto la historicidad del sentido y de las formas de su producción- puede en futuro dejar de serlo; aunque ello no le quitará validez para hablar sobre el pasado del hombre, sino autoridad.

Es en este sentido que, primero, los relatos históricos son discursos sobre acontecimientos pasados en pugna por el privilegio de ser la mejor forma de explicar y comprender el pasado, cuya materia prima es la inasible acción humana y su contexto de aparición; segundo, en el mejor relato histórico se logra tanto la coincidencia de explicaciones satisfactorias y comprensión de acontecimientos, como la dotación de sentido por medio de la metáfora que unifica allí donde el lenguaje descriptivo encuentra un límite y donde la imaginación histórica juega su papel más relevante. Por tanto, los relatos históricos deben producir un orden mediante la fijación de la acción humana en el contexto de aparición para lograr la comprensión; pero la singularidad de la acción humana es la garantía de la apertura a nuevos órdenes, a nuevas formas de comprensión. Como corolario de esto se sigue que, dado el carácter abierto de la acción humana, el relato histórico es una forma de contrarrestar el doble efecto desestabilizador del carácter inasible de la acción humana: por un lado, ante la fragilidad de la acción de perderse en cadenas caóticas de acciones, consigue afirmar un suelo a partir del cual construir una perspectiva en base a los acontecimientos; por otro lado y como consecuencia de esto, surge la condición de historicidad de toda realidad histórica, y de todo sentido histórico, al ser siempre recreado desde un presente actual que genera la necesidad de reconstruir las coordenadas espaciotemporales, culturales, sociales, económicas, en donde se inserta la acción como práctica social significativa, y que a través de la investigación empírica y del macrorrelato se logra pensar y comprender como pasado humano.